

Juan Manuel de Prada

Mil ojos esconde la noche

1. La ciudad sin luz



JUAN MANUEL DE PRADA
MIL OJOS ESCONDE LA NOCHE

1. LA CIUDAD SIN LUZ

© Juan Manuel de Prada, 2024
© Editorial Planeta, S.A., 2024
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Primera edición: mayo de 2024

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 7.179-2024
ISBN: 978-84-670-7305-8

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impresión: Rotoprint
Impreso en España-*Printed in Spain*



I

Todavía, en sueños, vuelvo a caminar entre tomillos y jarales por la Dehesa de la Villa, hasta el terraplén donde se amontonaban los cadáveres de los fusilados en diversos grados de descomposición, comidos de gusanos y pecados mortales que no habían podido confesar. Todavía, en sueños, vuelvo a vivir la noche de mi ejecución, rasgada de relámpagos como cicatrices que envolvían la ciudad en lontananza con un sudario fosforescente. Vuelve la lluvia, tupida y dolorosa como metralla, a emparme la camisa; vuelvo a ponerme de rodillas para suplicar clemencia; vuelvo a respirar el aliento de coñac de Pedro Luis de Gálvez, que se acerca al gurrúño de carne que yo entonces era y se saca de la canana una bala que me introduce entre los dientes. Vuelvo a escuchar su voz lúcida y beoda, como un rugido entre los truenos, mientras escupe por el hueco del colmillo; vuelvo a morder la bala, para amortiguar el castañeteo de los dientes; vuelvo a probar su sabor de pólvora y de sangre antigua, mientras escucho una y otra vez, mil millones de veces, sus palabras desabridas:

—No tenéis cojones para morir. La muerte es un castigo para hombres decentes. Los cobardes no merecéis que otros os eviten el trabajo de mataros.

Y vuelven a sonar los truenos, como si Dios se estuviese jugando mi vida a los bolos. Entonces despierto y descubro que mi camisa no la empapa la lluvia, sino mi

propio sudor, como un río desmandado; descubro que los tomillos y jarales de la Dehesa de la Villa se vuelven las sábanas rasposas de mi cama; descubro que la noche ardiente de junio ya claudica en el ventanuco de mi buhardilla de la calle Froidevaux y que los truenos son en realidad el cañoneo de los alemanes, que ya están a las puertas, que ya saludan alborozados a la ciudad en fuga.

Desde el ventanuco de mi buhardilla contemplé el cielo de París, que se había vuelto de repente una ciudad sin luz, encapotada por una nube espesa de humo que de vez en cuando cruzaban golondrinas alocadas, como flechas que hubiesen extraviado su rumbo. No tardé en comprender que eran humos artificiales lanzados por los gabachos, que así aturdían el vuelo de los aviones alemanes y aseguraban la evacuación de la capital. Me lo contó un rato después la portera, reviradilla y legañosa de orzuelos, que estaba liando sus bártulos en el chiscón del portal y de vez en cuando se pegaba un lingotazo de calvados:

—Los boches están al caer, *monsieur* Navales. Los boches nos van a degollar a todos, como no nos apresuremos. ¿Usted no se marcha todavía?

—Todavía no. Tal vez mañana.

Aprendí en los meses de supervivencia en el Madrid rojo que nunca hay que fiarse de los porteros, y mucho menos de las porteras, que son cuzas y eruditísimas en delaciones, porque nada ambicionan más que mudarse del chiscón del portal al piso principal donde vive el señorito, después de darle pasaporte a la checa. Yo no vivía en el piso principal de aquel edificio, sino en un cubil de miseria, pero igualmente me callaba o le mentía a la portera, que parecía dispuesta a abandonar el edificio antes que los inquilinos. Los porteros, aparte de chivatos y fisgones, son el colmo de la pretenciosidad y se creen directamente amenazados por la Gestapo.

—Pues como no se dé prisa van a ficharlo los boches, *monsieur* —me advirtió, en el fondo deseosa de que me arrastrasen a la mazmorra, o tal vez al paredón—. Esa gente no se anda con chiquitas.

—Los boches tendrán cosas más importantes que hacer. Además, los españoles estamos a partir un piñón con ellos —dije, con una sonrisita aviesa que la estremeció—. *Au revoir, madame*.

Y la dejé en el chiscón, repentinamente temblorosa y más resuelta que nunca a marchar de París, no fuera que el español de la buhardilla la acusara ante los boches y la deportasen a Berlín, para obligarla a trabajar en alguna fábrica de armamento. Todas las mañanas me hacía a pie el camino hasta el número 11 de la avenida Marceau donde se había instalado la Delegación de Falange, en el palacio donde antaño los separatistas vascos habían tenido su cuartel general, con fondos sustraídos del erario público. Aquellos euscaldunes estaban más apegados a las voluptuosidades del arancel y el privilegio foral que a las sugerencias poéticas regionales; pero, desde que lo incautase la Falange, el palacio se había convertido en una mezcla de local parroquial y escuela de coros y danzas, de la mano del palurdo de Federico Velilla, que tenía alma de tendero. Caminar desde mi buhardilla en la calle Froidevaux, oreada por el perfume de los cadáveres que se pudrían en el vecino cementerio de Montparnasse, hasta la avenida Marceau, al otro lado del Sena, a mitad de camino entre la plaza de la Concordia y el Arco del Triunfo, me llevaba aproximadamente una hora, que yo además alargaba parándome a desayunar en algún café, por llegar un poco tarde al trabajo y así enervar a Velilla. Montparnasse era por entonces un barrio encomendado al milagro, hormigueante de bohemios y cucañistas (muchos de ellos españoles) que vivían a salto de mata, estafando a los tu-

ristas y también a los indígenas, porque los gabachos, aunque se las dan de vivos y desconfiados, tienen mucho de pipiolos; y, si el que los estafa es español, apoquinan sin quejarse siquiera, porque temen que el español los raje y se haga con sus tripas una corbata, como cuando la francesada. Montparnasse tenía cielos de Modigliani, góticos y desvaídos, antes de que los alemanes tomaran posesión del barrio y sus cielos se volvieran de feroces cobaltos, como un pintarrajo picassiano. Y sus gentes, siempre ociosas, siempre dedicadas al trapicheo y a la holganza, vivían en una suerte de miseria cómoda o inconsciencia feliz, pasando el rato de café en café, como piojos en costura. Pero aquella mañana Montparnasse parecía desierto, tras el éxodo de los últimos días, y apenas quedaban casas que tuvieran alguna ventana abierta. París se desangraba por los cuatro costados, por las carreteras y las estaciones de ferrocarril; y toda la multitud que había desertado de las calles se hacinaba en el metro, que circulaba siempre lleno desde las cinco de la mañana hasta las once de la noche, apretado de gentes cargadas de maletas y paquetes y cochecitos de niño. Los autobuses y los taxis habían desaparecido como por arte de ensalmo; y los automóviles que circulaban, procurando no hacer ruido, llevaban el techo recubierto de colchones y de mantas (los ingenuos gabachos pensaban que así se protegían contra las ametralladoras y los cascos de las bombas). París se cagaba de miedo, ante los alemanes que venían a arrollar, saquear y destruir, según se contaba en los mil episodios inventados por la prensa antifascista. Y yo contemplaba la cagalera con indescifrable placer, porque al fin la democracia erigida en dogma se iba al vertedero de la Historia (perdón por la mayúscula), por fin los soldados de Hitler, rubios y apolíneos, llegaban arrasando el legado de Rousseau y Montesquieu, toda esa morralla de

parlamentos y separación de poderes y demás paridas para mentecatos que meriendan nardos. La guerra es la única higiene del mundo; y las democracias europeas tenían una capa de roña que ya sólo se podía quitar a bombazos.

—¿Y cómo es que huye la gente? —le pregunté al camarero de La Coupole, donde esa mañana paré a desayunar.

La Coupole era el café más elegante del barrio, con bar americano, un restaurante bastante acreditado donde se descorchaba champán y unas piculinas de cierta categoría que se arrimaban como miuras, para tragarse la espuma en estampida directamente del gollete. Pero aquella mañana no había piculinas que se arrimasen, mucho menos champán.

—Toda la mañana llevan pasando coches y camiones sin cesar —me respondió escamón el camarero, que me miraba como si yo fuese un marciano—. Aquí no se queda ni Dios.

Pero Dios, que sabe los nombres y los separa en las nubes, ya había dejado de su mano a los gabachos mucho tiempo atrás, para que se pudrieran entre los miasmas de su republiquita. Pasaba un camión por delante de La Coupole, abarrotado de bultos y de viajeros, con los niños y ancianos sentados y los demás escrutando el cielo ahumado. Pero los aviones alemanes brillaban por su ausencia, poniendo puente de plata a la cobardía gabacha.

—¿Y el Gobierno no piensa hacer nada? —le pregunté todavía al camarero, haciéndome el longui.

—Si tuviéramos un auténtico gobierno del pueblo, se iban a enterar esos malditos boches —me respondió, con la típica fanfarronería retórica del napoleoncito en ciernes—. ¿O lo pone usted en duda?

—Yo dudo por método —le dije, displicente—. Ande, tráigame un café con leche y un *brioche* con su mantequilla.

—Tendrá que ser un café solo. La leche ya no llega a París. Se han cortado las comunicaciones con Normandía —me reconoció compungido el camarero.

—Vaya por Dios —suspiré—. Pues un café solo entonces. Pero un auténtico gobierno del pueblo le habría regalado una vaca a cada francés, para que él mismo ordeñara sus ubres.

Al camarero lo encabronaron mis chanzas, pero finalmente miró al soslayo, fuese y no hubo nada. Si en Francia hubieran tenido un auténtico gobierno del pueblo, como anhelaba aquel polluelo, se habrían jiñado todavía más y, al primer gruñido de Hitler, habrían disuelto el ejército y mandado al mundo un mensaje de paz universal. El ingenio prestaba al ansia de fuga gabacha recursos infinitos, echando mano de todo aquello que tenía ruedas: a falta de automóvil, los *montparnos* menos pudientes recurrían a carretillas inverosímilmente cargadas de muebles que trepaban al cielo como obeliscos descangallados (a los franchutes les gustan los obeliscos porque se creen que son símbolos fálicos, o por delirio de masonazos irredentos), también a bicicletas con remolque incorporado (sin saberlo, estaban inventando el velo-taxi, que tanta fortuna iba a correr en los años sucesivos) y hasta cochecitos de niños sin niño (las cigüeñas de París se habían quedado sin trabajo desde que los gabachos le cogieran gusto al condón), en modelos antañones, muy anchos y voluminosos, donde cabía casi tanto equipaje como en los vagones de los grandes expresos europeos. En algunos carritos iban gramófonos y caniches, que son los dos sucedáneos de niño predilectos de los franchutes de postín.

—¿Y usted no piensa marcharse? —me preguntó todavía el cretino del camarero, mientras me cobraba, sin dejarme siquiera terminar el *brioche*. Se veía que tenía ganas de poner pies en polvorosa.

—Yo es que soy agente alemán y estoy preparando la bienvenida a los míos —le solté, para hacerlo temblar y que dejara de darme la murga.

Y marché sin dejarle propina. Por la ribera del Sena, todos los quioscos estaban cerrados, pues desde el día anterior habían dejado de publicarse los periódicos, por falta de tinta o de soflamas patrióticas. Por la Puerta de la Villette habían prendido fuego a los depósitos de gasolina, desde los que subían nubes de humo que se retorcían y serpenteaban en el aire, como las tripas de una vaca a la que le rasgan el redaño serpentean y se retuercen en el suelo; y soldados de algún frente perdido —tal vez desertores— caminaban como sonámbulos, con la barba crecida y el semblante demacrado, pidiendo por caridad que los cogieran en algún camión. Pero ya no quedaban en París trazas de caridad, ni siquiera de fraternidad, que es la versión filantrópica de la caridad cristiana que se habían inventado en Francia, para ponerse ciegos a guillotinar curas. Llegué a la sede de Falange exultante tras la visión de la debacle gabacha, como inundado de una luz teológica.

—Velilla quiere verte de inmediato, Navales. Ha recibido una llamada que lo ha puesto un poco nervioso.

También lo estaba Luis Felipe Solms, de cuyo rostro de rana bizca había desertado la sonrisita habitual. Solms era canijo y ganchudo de nariz y de manecitas, con las uñas negras de remejer en la linotipia o de rasarse las almorranas y la mirada como atufada por el humo del candelabro de siete brazos que, a buen seguro, escondía en casa. Solms era el correveidile y valido de Velilla, que siempre elegía como personas de confianza a personajillos con pinta de pandereteros de la tuna. Solms era el capataz del periodiquito birrioso *El Hogar Español*, boletín semanal de información que confeccionábamos en la avenida Marceau, bajo el lema ridícu-

lo de «Por la patria, el pan y la justicia»; por supuesto, Solms se reservaba las crónicas y reportajes de relumbrón, dejándome a mí la revista de prensa y las gaceti-llas sin firma. Solms era un tipejo repugnante al que me hubiese gustado pisar, porque las ranas aplastadas quedan la mar de decorativas; pero ya habría tiempo y ocasión para hacerlo.

—¿Y quién le ha hecho la llamada? —pregunté, con la secreta esperanza de que fuese algún mandamás que quisiera darle boleta.

—No ha querido contármelo. A lo mejor a ti te lo cuenta.

Pero a mí Velilla no me contaba ni las flechas bordadas en la camisa azul mahón, entre otras razones porque no solía ponérmela casi nunca, por pereza del folclore. Velilla me odiaba a su manera; pero siendo un ferretero de poca monta y un hombrín de dar pena, su odio resultaba apenas pedáneo, insignificante. Yo, en cambio, odiaba a Velilla minuciosamente, como sólo sabemos odiar quienes estamos infectados por el resentimiento, que según lo define Gregorio Marañón —por entonces estaba leyendo su *Tiberio*, para ver si lo pillaba en algún descuido que delatase lealtades republicanas— es una pasión que queda presa en el fondo de la conciencia, donde incuba y fermenta su acritud, para infiltrarse en todo nuestro ser y acabar siendo la pasión rectora de nuestra conducta. Pero al menos los resentidos tenemos una pasión rectora en la vida, no como los infraseres al estilo de Velilla, que tenía su despacho en la planta noble del palacio, donde se comía a hurtadillas su choricico con un trozo de pan, cuando le entraba el hambre. El palacio incautado a los separatistas vascos era un inmueble vasto y lujoso, aunque bastante desmantelado, pues los jodidos euscaldunes arramplaron con lo que pillaron, antes de que los desalojara el Go-

bierno de la Tercera República, que había perdido el culo por reconocer a Franco, antes incluso de que terminara nuestra guerra. Tenía el palacio tres pisos, amén de las buhardillas y los sótanos, guarnecidos con artesonados y arañas de cristal tallado, que los vascos no se llevaron porque ya no les cabían en la furgoneta, también espejos de luna con el azogue algo picado donde siempre me miraba de refilón al pasar, para comprobar que la barriga no se me había desmandado. En la planta principal, además del despacho de Velilla, se había montado un servicio de repatriación que devolvía por la frontera de Irún a los payeses que habían abandonado sus masías temerosos de que Yagüe les cortase la lengua, por hablar en catalán; y también la biblioteca, que sólo tenía los libros de aluvión que nos mandaban de Alcalá 44 —los libros descartados por la patulea de literatos ociosos que allí seesteaban—, con mucho acopio de catecismos y las obras completas de José Antonio repetidas treinta o cuarenta veces. En aquella biblioteca me tiraba yo las horas muertas, leyendo los periódicos españoles atrasados, para hacer el popurrí con el que luego empapelaba nuestro semanario ful. Toqué la puerta del despacho de Velilla con un repiqueteo jovial, como hacía siempre, por evitarle al zoquete la vergüenza de pillarlo comiéndose el choricico o cascándose una gayola.

—Adelante, Navales, adelante. Contigo quería yo hablar.

—Pues soy todo orejas, jefe. ¿Qué es lo que gustas?

Decía orejas en lugar de oídos para mortificar a Velilla, que tenía unos orejones como hojas de lechuga mustia, con el lóbulo pendulón y el cartílago superior haciendo toldo. Como, además, era calvorota, no tenía modo de simularlo; y el cuadro se completaba con una nariz frustrada, como de boxeador descartado antes de

su primer combate. Por supuesto, ni me molesté en saludarlo brazo en alto.

—Hace un rato llamó Urraca, preguntando por ti.

—¿Y qué es lo que quiere?

—No quiso decírmelo, estaba muy misterioso —dijo Velilla, escrutándome con su mirada sin misterio, parapeitado detrás del escritorio—. Quiere verte sin demora. Me dijo que mañana, a eso de las ocho, te espera en el cabaré del Infierno. Menudo sitio ha elegido el gachó.

El cabaré del Infierno se había levantado en tiempos de Maricastaña o de la *belle époque*, y para entonces estaba dando las boqueadas, porque a los masonazos que lo frecuentaban, hartos de comerse niños crudos en sus tenidas, ya no les impresionaba su fachada macabra, y mucho menos sus atracciones de barraca de feria, con bailarinas jamonas que enseñaban un coño de labios ajadísimos. Pero Perico Urraca tenía estas ocurrencias, de un humorismo entre esotérico y fantasmal, para cultivar una fama de hombre siniestro que le venía de perlas para intimidar a los rojillos exiliados en París. A mí, en cambio, Urraca me parecía más bueno que el pan, aunque fuese un poco mendrugo; y sólo me intimidaba encontrarme con Pedro Luis de Gálvez en sueños. Pero Urraca me aseguraba que a Gálvez ya lo habían apiolado; y yo, más incrédulo que Santo Tomás, le había pedido el certificado de fusilamiento.

—Pues no tengo ni puñetera idea de qué querrá —mentí.

—Algo importante será, para no decírmelo a mí.

Había dicho ese «a mí» redundante, con mucho boato, como creyéndose el representante del Ausente en la Tierra, o por lo menos en París. Los chupatintas siempre han sido muy propensos a los delirios de grandeza.

—Querrá presumir por anticipado de los rojos que va a pillar, cuando lleguen los alemanes —aventuré, sin

esforzarme en inventar alguna historia más verosímil—. Pero podríamos aprovechar para hacerle una entrevista, donde nos revele su lista de candidatos al paredón. Conseguiríamos agotar la edición del semanario, porque lo comprarían hasta los propios rojos, por la curiosidad malsana de verse en letras de molde. Y así, al fin, podría firmar una pieza...

Velilla puso cara de susto, pero de susto mojigato y monjil, y me reconvino con una dignidad como de úlcera de estómago:

—No me gustan las bromas macabras, Navales. Recuerda las palabras del Ausente: «¡Ay del que no sepa levantar, frente a la poesía que destruye, la poesía que promete!». Tú tienes un gran talento literario; pero te empeñas en emplearlo para destruir, porque eres un saco de pus. —Hasta cuando insultaba lo hacía sin ofender, con una oratoria conventual, como si tuviera fimosis—. En *El Hogar Español* nos dedicamos a levantar la poesía que promete. No es nuestra misión aterrorizar a los rojos, sino, por el contrario, atraerlos...

—Pues a ver si los atraemos tanto que nos terminan dando por culo —murmuré.

Pero Velilla hizo caso omiso y siguió con su prédica, poniéndose además de pie, o de puntillas, como si estuviera en el púlpito:

—Nuestra nación, regida por el glorioso Caudillo, está abierta a todos los españoles sobre cuya conciencia no pese el crimen. Todos ellos serán acogidos con clemencia. No podemos alimentar la leyenda negra de la represión. Por el contrario, debemos explicar con cuánta benevolencia administra la justicia Franco, con cuánta escrupulosa apreciación de las razones complejas que llevaron a muchos españoles a abandonar su patria. A esos españoles de conciencia limpia y pasado honroso la España Una, Grande y Libre les abre sus puertas. Allí

tienen un puesto para trabajar en la empresa común de hacerla mejor y reparar sus males. —Se estaba emocionando sinceramente, aunque a buen seguro recitaba de memoria algún refrito de lugares comunes elaborado en Alcalá 44, para trincar a los rojillos ingenuos—. El día en que te decidas a emplear tu talento en la poesía que promete te daré páginas enteras para ti solo, y con tu firma en letras bien gordas.

Pero yo prefería emplear mi talento, o sus pecios, en la poesía que destruye; prefería que toda esa grisalla humana que había huido de España hallase su merecido; prefería que cada uno de aquellos rojillos irredentos recibiese su recado de plomo, hasta formar un río de sangre que lavase sus culpas e inundase alegre las calles, aquilatando la victoria obtenida en los campos de batalla, ahogando con su ímpetu a la gente pusilánime o estólida que nunca se moja, y a sacristanes sobrevenidos como Velilla, que nos estaban convirtiendo la Falange en una sucursal pánfila de la democracia cristiana. Velilla, cuando peroraba, sacaba mucho pecho, abombando el yugo y las flechas que llevaba bordados en la guerrera negra. Aunque vistiera el uniforme reglamentario de la Falange, seguía pareciendo un sacristanejo con balandrán.

—No hace falta que me sueltes esas milongas para neófitos, camarada jefe —le dije—. Yo sólo quería aprovechar ese encuentro con Urraca en beneficio de nuestro semanario.

—Por el momento nos conviene hacer un periodismo amable y contemporizador. Ya habrá tiempo de sacar el colmillo si las circunstancias lo aconsejan —refunfuñó Velilla, que tras los derramamientos retóricos pretendía disfrazar su lenidad de pragmatismo—. Lo que no estaría nada mal es que, aprovechando la parranda cabaretera, trates de sonsacarlo. Nos conviene mucho conocer los planes de Urraca, una vez que los alemanes se insta-

len en París. ¿Te ves con la suficiente confianza como para camelarlo?

No sabía, el pobre imbécil, que llevaba meses malme-
tiendo a Urraca contra él, con la secreta esperanza de
que luego Urraca lo desacreditase ante el embajador Le-
querica y ante sus superiores en la Dirección General de
Seguridad.

—Me temo que no, camarada jefe —mentí—. Te con-
fieso que Urraca es un hombre que me da un poco de
repelús.

Velilla esbozó un mohín benevolente y comprensivo:

—Es natural que así sea, Navales. A quienes tenemos
las manos limpias de sangre nos embaraza tratar con
quienes las tienen sucias. Pero cada uno cumplimos una
misión, somos piezas en un tablero de ajedrez que do-
mina nuestro Caudillo. —El mohín benevolente se le
había tornado arrobo beatífico—. Tendrás que hacer de
tripas corazón y camelarlo, porque nos interesa llevar-
nos bien con él. Aparte de que es un camarada de cierto
rango, tiene vara alta ante el Conde de Mayalde. Y el
embajador Lequerica, nuestro flamante Jefe de Falange
para el territorio francés, le deja hacer lo que quiere, por
descargarse un poco de trabajo...

—Lo que pasa es que Lequerica no da un palo al
agua, camarada jefe —lo interrumpí—. Es lo que tiene
ser un señorito de Neguri.

Mi franqueza abrupta desconcertó por completo a
Velilla, que no sabía si reprenderme o reírme la gracia
(en los infraseres son frecuentes estos cortocircuitos
neuronales). Para sacarlo del brete vino en su socorro el
misacantano o aprendiz de sinagoga Solms, mínimo y
torcido como una lagartija. Entró sin llamar y culebreó
hasta el escritorio de Velilla, a quien tampoco saludó
brazo en alto (pero en su caso por familiaridad, no por
desgana).

—Ya llegaron las cajas de libros de Madrid. He pedido que las suban a la biblioteca.

De la Delegación Nacional del Servicio Exterior nos enviaban todos los meses unas remesas de libros completamente ineptos, las escurrajas de las bibliotecas que se había incautado la Falange al acabar la guerra, por defunción o espantada del dueño. Por supuesto, los pocos libros potables de estas bibliotecas se los quedaban los gerifaltes de Alcalá 44, tras un donoso escrutinio, y a nosotros nos enviaban un cargamento mensual de purrela.

—Estupendo, Solms —dijo Velilla, exultante—. Así Navales puede ponerse ahora mismo a catalogarlos y ordenarlos.

Siempre que podía me encomendaba Velilla este tipo de tareas subalternas o infamantes, para que se notara que yo pintaba menos que una mona de Pascua en la avenida Marceau.

—Pero antes habrá que echarles un vistazo —me resistí—. No me parece de recibo ponerlos a disposición del público sin comprobar que son lecturas apropiadas.

Solms saltó como un resorte, o más bien como la lengua protráctil de un camaleón:

—Hombre, Navales, no estarás dudando del criterio de nuestro Delegado Nacional...

—Ni se me ocurriría semejante cosa. Pero el Delegado es un hombre muy ocupado en requebrar a Conchita Montenegro y podría haber encargado la selección de títulos a alguna secretaria casquivana.

—En Falange no tenemos secretarias casquivanas, Navales —sentenció Velilla, untuoso y santurrón, como si se estuviera refiriendo a las once mil vírgenes de Santa Úrsula—. Te recuerdo que todas pasan por un proceso de selección que supervisa la mismísima Pilar Primo de Rivera.

Y Solms, enseñando las uñas (y la mugre de las uñas), remachó:

—Tal vez el camarada Navales está sugiriendo que la hermana del Ausente es también casquivana...

Aquella pareja de mequetrefes no podía ni siquiera imaginarse que yo había tratado a Pilar Primo de Rivera en la sede de Marqués de Riscal (recordaba muy vívidamente su estampa de virgen feudal y revenida, con los tobillos gordos), cuando ellos no se habían todavía destetado (y, además, por entonces la Falange no era una teta de la que manase la leche que tanto gusta a los arribistas). Me puse enfático, para desarbolarlos:

—A mí la hermana del Ausente, como al camarada Giménez Caballero, me parece la mujer idónea para fundar con el Führer una nueva estirpe que restaure la gloria imperial de Carlos I. Así que no me toquéis más los cojones. Pero... *aliquando bonus dormitat Homerus*.

Por supuesto, Velilla no entendió el latinajo, pues no tenía facilidad para los idiomas (hablaba el francés *comme une vache espagnole*, pese a sus veinte años de ferretero en París, demostrando que en verdad era un animal rumiante). Y Solms, de conocer alguna lengua clásica, seguro que sería semítica. La biblioteca de la avenida Marceau estaba más desangelada que la de don Quijote, después de que la expurgaran el cura y el barbero, con estanterías ralas y unas sillas muy fatigadas que guardaban el molde de los culos fondones que habían soporado en otro tiempo (culos euscaldunes, para más inri, que se tiran pedos más sonados que un concierto de chalaparta). Me puse a desliar con gran brío las cajas con los libros enviados desde Madrid, mientras los alfeñiques de Solms y Velilla se quedaban mirando, complacidos de verme de hinojos. Enseguida descubrí que, en efecto, las cajas contenían mercancía averiada, verbigracia un ejemplar de *Canción de cuna*, el dramita melifluo de Gregorio Martínez Sierra que tanto gustaba a las beattillas merengosas de ambos sexos.

—Aquí tenéis una prueba de que no me equivocaba —dije, blandiendo el ejemplar—. Ya podéis ir preparando una hoguera para quemar esta bazofia.

Solms se choteó:

—No jodas, Navales, pero si *Canción de cuna* está lleno de monjas...

—Ya, pero detrás de la cruz está el diablo. Esta obra, aunque firmada por Gregorio Martínez Sierra, que es un cursi y un relamido redomado al que conocí en mis años mozos, está en realidad escrita por María de la O Lejárraga, su mujer, a quien el cabrón de Martínez Sierra tenía trabajando de negra. Y la Lejárraga fue diputada socialista por Granada durante la República, aparte de una feminista insoportable —informé a los dos panolis, que se habían demudado—. Ahora debe de andar exiliada por la Provenza, si no me equivoco. Seguro que Urraca la tiene perfectamente localizada.

Velilla buscó con la mirada desenfocada a su acólito Solms, que también parecía aturdido. Le temblaba la voz al hablar, como al sacristán a quien pillan bebiéndose el vino de las vinajeras:

—No... no lo entiendo —balbució—. Si es el propio... el propio Delegado quien los manda.

Me alcé del suelo y me acerqué a él, para que comprobara que le sacaba media cabeza. Procuré que, al hablar, le salpicara algún perdigón de saliva:

—Tal vez el Delegado lo haya hecho adrede. Tal vez quiera comprobar si no dices ni pío o, por el contrario, le adviertes del desliz. Tal vez ande queriendo destituirte y te ha puesto ese libro, y algún otro de la misma índole que he visto en las cajas, como cebo para perderte.

Velilla ya no podía controlar el temblor, que se había extendido por todo su cuerpo. La voz le brotaba churrada, apenas audible:

—Pero si yo soy un perro fiel...

Pulgoso y de raza plebeya, y fiel sobre todo a sus intereses, pero perro sin duda alguna. Lo tomé de los hombros fraternalmente (pero con una fraternidad al estilo gabacho, que esconde siempre la guillotina), y lo consolé:

—Tú guíate de mi juicio, camarada jefe, que de esto algo sé. No olvides que estuve trabajando en Salamanca, durante la Cruzada. A mí no se me escapa ni una coma.

Velilla asintió, dócil y contrito, mientras Solms me miraba reviradamente y crispaba los puños, consciente de mi malicia. Ambos se marcharon y me dejaron solo en la biblioteca, donde anduve zanganeando durante todo el día, mientras caía el oro vencido de la tarde, haciendo calas y catas en aquellos libracos que nos habían mandado desde Madrid, casi todos ellos de juzgado de guardia. Finalmente me entretuve leyendo uno de los pocos que se salvaban, *Seis meses con los nazis*, una recopilación de crónicas de César González-Ruano, mi dilecto Ruanito, compañero de farras y trapisondas en los años de bohemia heroica y de quien nada había vuelto a saber, desde que en vísperas de nuestra guerra, me anunciase que había aceptado la corresponsalía en Roma que le habían ofrecido en el ABC, harto de aquel ambiente irrespirable de Madrid, donde cualquier mujeruca desgredada te citaba a Marx, si es que no mandaba llamar a su chulo, para que te apiolase. Gracias a esta corresponsalía providencial, Ruanito había podido largarse de Madrid en vísperas de la hecatombe y, tras pegarse la vidorra padre en un *tour* por Marsella, Cannes y Niza, había instalado sus reales a orillas del Tíber, donde según las malas lenguas había llevado una vida dedicada a la crápula y el sablazo, antes de pasarse a Berlín, dejando detrás un montón de pufos y marrullerías que habían llegado a escamar a la policía italiana. Desde

Berlín, Ruanito seguía escribiendo para el *ABC* unas crónicas jubilosas, muy cocidas en su propia salsa, que era una salsa nazi sin rebozo, una salsa muy especiada donde la exaltación de la Europa rubia y nueva que preconizaba el Tercer Reich alcanzaba cotas lujuriosas, de tan encendidamente líricas. Ruanito siempre se pasaba de rosca con el lirismo, hasta despeñarse por los precipicios de la cursilería; y lo mismo le ocurría en aquel libro de crónicas selectas, donde su costumbrismo matritense se adaptaba a la música de Wagner, y aun a la charanga militar, mientras repartía estopa a los judíos y probaba el ditirambo superferolítico de Hitler, en pasajes que sólo podían haber sido escritos bajo los efectos del priapismo, cuando toda la sangre se agolpa en el bálano: «Pienso en Hitler, surgido entre el cielo y la tierra, con una palabra de primavera prendida en los labios, cuando Alemania levanta los ojos desde la realidad socialdemócrata al cielo, en la necesidad de creer y de crear, en el angustiado afán de salvarse. Entonces surge este hombre, simple y genial, encarnación exacta de nuestro tiempo, como un ángel con gabardina y bigote que se coge las alas todos los días en las puertas de las cervecerías de Múnich y que ha vuelto de la guerra, donde fue uno de tantos, aunque ya le salía por debajo del casco de hierro ese mechón de pelo, penacho lacio de altos sueños, que hacía de él el recluta cinematográfico de los altos e inesperados destinos».

A mí el «penacho lacio de altos sueños» que se gastaba Hitler, lejos de empalmarme como a Ruanito, me daba un poco de grima; pero en cuestión de gustos personales todo es opinable. Con la lectura del libro de Ruanito y la visión de ese Hitler como un «ángel con gabardina y bigote» me entraron unas ganas de cagar formidables. Y como para entonces era ya casi de noche y el personal de la sede se había marchado a sus casas

(también Velilla y Solms, que no se habían despedido de mí, tal vez incubando alguna venganza por haberles metido el miedo en el cuerpo), aproveché para cagar en el baño que Velilla tenía junto a su despacho, que reservaba para las visitas de ringorrango y vedaba a los empleados, porque era el único donde te podías limpiar con papel de estraza, en lugar de las consabidas páginas del periódico cortadas a tamaño cuartilla y ensartadas en un gancho que dejaban el culo embadurnado de tinta (así agotábamos los remanentes de nuestro semanario).

Cagué como un marajá, cerciorándome de que se quedaban algunas zurrapas adheridas a la loza de la taza, para fastidiar a Velilla, y salí a la noche parisina, que tenía algo de sepelio o ayuno de negros, todavía con perfiles confusos de gentes azoradas que transportaban bultos y maletas en los carricoches más inverosímiles. Los cafés de Montparnasse se habían puesto de acuerdo todos para echar el cierre, dejando que sus camareros partidarios de un auténtico gobierno del pueblo se sumasen a la desbandada, como también se estaban sumando ya —la indecencia gabacha siempre se supera, hasta cuando parece que ya no puede caer más bajo— los gendarmes de París en sus bicicletas y los oficiales del ejército en sus motos con sidecar (donde a veces llevaban a la barragana), tomando las rutas de Fontainebleau y Montargis, cagaditos de miedo. Si se les estropeaban los vehículos estrafalarios elegidos en la huida, los dejaban —tal era su canguelo— arrojados en la calle, sin conceder ni siquiera un minuto para arreglarlos, y abandonaban el equipaje de cualquier manera, que luego otros vehículos destripaban al pasar por encima, dejando por las calles un rosario de objetos estrambóticos, un bazar incongruente de la derrota en el que se alternaban cuberterías de plata y orinales, jaulas de pajaritos con forma de pagoda (y con el pajarito den-

tro, ya desplumado y fiambre de tanto golpeteo) y sábanas blancas que se iban tiñendo de una suciedad irremisible. Aquellas sábanas que se arrastraban por las calles como despojos eran la mortaja en la que se envolvía el cadáver de Francia.

Pero pronto un ángel con gabardina y bigote vendría a resucitarla, dándole un empujoncito animoso con su penacho lacio de altos sueños.